El encuentro de Antonieta con Vasconcelos

Fabienne Bradu

Salieron una hora después del amanecer. A pesar de la frescura que todavía adelgazaba el aire, Antonieta le pidió a Ignacio que preparara el Chrysler convertible y que pusiera en el coche unas cobijas de lana. Ese sábado 9 de marzo de 1929 se anunciaba soleado y agradable. Acompañaban a Antonieta Manuel, Andrés Henestrosa y Julio Castellanos. Enfilaron por el Paseo de la Reforma, cruzaron Chapultepec Heights y tomaron la carretera hacia Toluca. Allí Vasconcelos y su comitiva afinaban los últimos detalles de la entrada a la Ciudad de México, la primera desde el inicio de la campaña presidencial de los Antirreeleccionistas.

Andrés y Julio se quedaron dormidos apenas entraron a la carretera; Andrés porque se había pasado la noche en mítines y reuniones; Julio porque se había desvelado cuadriculando una nueva tela que Manuel quería empezar. Antonieta y Manuel iban callados. La tensión los distanciaba y los recluía en sus propios pensamientos. Manuel divagaba sobre futuros cuadros mirando a Julio con la ternura que le despertaba verlo rendido por el trabajo. Antonieta se anticipaba al encuentro con Vasconcelos, para el que faltaban aún tres horas, y recapitulaba sobre los meses anteriores en los que, poco a poco, se había dejado contagiar, ante todo a causa de Andrés y de sus jóvenes amigos, por la esperanza que significaba la candidatura a la presidencia de la República "del buen caballero sin temor y sin tacha".

Pasada la Venta de Cuajimalpa, el coche corría, solitario, por la "carretera larga que se enreda entre los troncos de los pinos, ebrios de soledad y elevación" y se divisaban "las cimas donde murmura la frescura de los arroyos".* Antonieta se hundió el sombrero *colche* hasta las cejas, significando con ello que la señora no estaba para nadie. ¡Por fin iba a conocer al Maestro del Continente! El movimiento antirreeleccionista había renacido de sus cenizas en el pasado mes de noviembre. Al renunciar al poder, Calles había prometido organizar elecciones limpias para el 18 de noviembre de 1929. Tomándole la palabra, Vasconcelos había regresado a México después de cuatro años de exilio en las universidades norteamericanas, con objeto de ameritar la candidatura si un plebiscito popular lo apoyaba en su voluntad de regenerar la sangre nacional.

En este espíritu había descendido de Nogales a Toluca, recibiendo por doquier la adhesión a su repudio al militarismo corrupto y sangriento; había sido festejado, alabado, divinizado casi y estaba en vísperas de la prueba de fuego que representaba vencer a "la ciudad mortecina en la que pesa atmósfera rarificada, que sin arder consume",* esa Ciudad de México cuyos "propios contornos, antaño rientes, al volverse enjutos, restada la savia que corría por sus canales, sufre el castigo del polvo perenne que todo endurece, petrificándolo. Tiene el alma doliente de melancólica incuriosidad, diríase que lánguida se abandonó en el poniente lívido de algún atardecer, en el cual el cielo prendía lenguas de cirio con sus ráfagas verdes en el ocaso ceniciento. Desde entonces, fría, sin cordialidad, adquirió el hábito de tolerar indiferente el tráfago que por sus arterias han traído y llevado en sus idas y venidas las revueltas, para ella igualmente insensatas".*

¿Sería posible que las llamas que Vasconcelos atizaba en el país, surgidas del rescoldo maderista, la consumieran ahora a ella? ¿Incapaz de saciar su fuego interior, Antonieta lo sustituía por una sed de gestas viriles y heroicas? Pensó en Blair, en su primer héroe, y en todo lo que había descubierto, después, de mezquino y traicionero tras la reluciente fachada. Con él, Antonieta había conocido la desilusión, el fracaso, la repugnancia. Ahora, desconfiaría un poco más antes de desbocarse. Pero, también, lo más valioso de la vida ¿no era precisamente la entrega total y enloquecida? Acababa de rozar sus límites, pero, sobre el tedio, sobre la mediocridad, sobre el interés y la muerte en vida a la que se condenan los timoratos, Antonieta prefería el riesgo del incendio, fuera su costo el que fuera. De sus infiernos resurgía purificada, con las fuerzas amplificadas de los iluminados.

* Antonieta Rivas Mercado, *La campaña*, en *Obras completas*, ed. de Luis Mario Schneider.

Era una mañana despejada. El cielo transparente rendía "minucioso el contorno de los objetos lejanos, recortando con fino bisturí la mole eternamente azul de la cordillera distante". Antonieta aspiró el aire frío y puro de las alturas. Esta vez iba al encuentro de Prometeo, decidida a atizar con él la yesca de la nueva esperanza. Anticipándose al calor de la muchedumbre," Antonieta levantó la frazada que protegía sus piernas y las de Manuel. El pintor despertó y la miró desconcertado. Una benévola sonrisa de Antonieta clamó su turbación. Estaban llegando a Toluca y, extendiendo los brazos a un mismo tiempo, Antonieta y Manuel despertaron a sus respectivas creaturas.

La ciudad estaba semidesierta, salvo en las cercanías del mercado, donde colores y voces trenzaban su ajetreo. El grupo se dirigió hacia el hotel principal que, como en todas las ciudades que habían visitado Vasconcelos y su "escuadrón volante", hacía las veces de cuartel general. En todos los hoteles, las colas de simpatizantes solían subir desde el vestíbulo hasta los cuartos, donde Vasconcelos recibía hasta altas horas de la noche. Esta vez, al enterarse de la llegada de Antonieta, bajó al vestíbulo.

Nunca antes se habían estrechado la mano. Las referencias que tenía Vasconcelos de Antonieta eran sobradas y precisas, pero poco coincidían con sus aspiraciones culturales pasadas y actuales. Para él, Antonieta había padecido, al igual que toda la burguesía intelectual latinoamericana, la mala influencia de "la Francia de la literatura invertida del *maestro* Gide, la plástica deformada de Picasso, la música decadente de Debussy y el escepticismo calculadamente anticristiano de Anatole France".** Asociaba a Antonieta con las "minorías" intelectuales que, ni en sus tiempos en la Secretaría de Educación Pública ni en su actual desempeño político, lo acompañaron ni lo acompañarían. Constituían para él una especie doblemente condenable de "intelectuales" —por los que sentía un irracional desdén—, y "burócratas" que, lúcidos o comodinos, rechazaban todo compromiso que pusiera en peligro sus canonjías en las distintas oficinas donde se cobijaban a la sombra de políticos más o menos deshonestos. Vasconcelos se acercó a Antonieta con recelo. ¿Qué podía esperarse de esta millonaria culta y emancipada? ¿Qué pretendía ella? ¿Sería útil o estorbosa en ese momento en el que se jugaba más que las palabras, sobre todo después de los intentos de los días pasados en Guadalajara, donde se había tratado de hacer correr sangre entre sus filas? ¿No se daría cuenta esta mujer de que esto no era teatro o literatura?

Antonieta estaba de pie en el vestíbulo del hotel. Después de los abrazos que sellaban virilmente pactos de lucha y fraternidad, Vasconcelos se sorprendió de recoger en la suya una mano elegante y fresca. Le gustó escuchar una voz melodiosa, grave y suavemente monocorde, como una sonatina, entre el estruendo de las vociferaciones. Estimó, con mirada penetrante y experta, las virtudes de ese "ejemplar de fina raza nativa". "El vestíbulo del hotel se tornó luminoso", escribiría años después.**

Antonieta no le dio tiempo para que prolongara su embelesamiento más allá de esas ráfagas. Propuso que se sentaran en alguna mesa para platicar sobre los acontecimientos. Venía a ofrecerle su apoyo y su ayuda. Los temores de Vasconcelos se esfumaron mientras transcurría la conversación. En una breve exposición, Antonieta le demostró que estaba perfectamente al tanto de la situación, que medía con justicia los peligros y la hondura de la apuesta que se jugaba. Lo hizo con un tono de ironía escéptica que, en ella, más que una señal de desconfianza, era evidencia de su disposición a poner su inteligencia al servicio de la causa. Hizo preguntas que sabía perfectamente que Vasconcelos no podía contestarle, como, por ejemplo, las modalidades que se escogerían para defender el voto, en la certeza cada vez más clara de un triunfo de los Antirreeleccionistas y del consecuente fraude. Lo importante no era ganar —el triunfo se consolidaba con cada día que pasaba— sino cómo defender el resultado de las elecciones y, antes que esto, cómo asegurar que éstas pudieran tener lugar. De tajo, le dijo que temía por su vida, que matarlo era, entre todas, la posibilidad más segura de desaparecer la oposición que se levantaba en el país. A pesar de que el tema había sido el *leitmotiv* de los últimos días, a Vasconcelos le sobrecogió el melodramatismo con que se lo planteó Antonieta. Se la quedó viendo unos instantes y después la invitó, con sus acompañantes, a comer.

Durante la comida se habló de cuestiones prácticas que faltaba resolver antes de la entrada a la capital al día siguiente. En la disyuntiva de recorrer el camino a caballo o en automóvil, Antonieta ofreció poner su auto a disposición de Vasconcelos. Él agradeció la oferta pero aclaró que ya había sido puesto a su servicio un coche por un jefe obrero de la Compañía de Luz y Fuerza y con el que, efectivamente, entró a la Ciudad de México por el airoso Paseo de la Reforma. Esto no impidió que Diego Rivera hiciera correr la voz, en las filas comunistas, de que el candidato "del pueblo" se paseaba en el coche de una millonaria. De allí a tacharlo de reaccionario —como muchos lo hicieron— sólo había un paso que las grandes zancadas de Rivera no tardaron en dar, olvidando que unos años atrás, el mismo Vasconcelos

** José Vasconcelos, *El proconsulado. Memorias*, t.II, FCE, 19185.

había sido el promotor de su arte "revolucionario" en los muros de la Secretaría de Educación Pública, donde Vasconcelos mismo figuraba, sentadito sobre un elefante indostánico, dando la espalda al pueblo.

Afuera del comedor, unos optaron por la siesta reparadora, otros por ir a fumar al vestíbulo del hotel y otros a ocuparse del trabajo faltante. Algunas personas esperaban ser recibidas por Vasconcelos para ofrecerle una adhesión que pretendían personalísima mientras que otros aguardaban para pedirle futuros puestos en la prevención del "por si acaso". Vasconcelos prefirió proponerle a Antonieta que dieran un paseo por la plaza.

A esa hora, los portales estaban semidesiertos y pocos advirtieron a la pareja que caminaba sin rumbo fijo, con paso lento, buscando la sombra de la piedra ancestral. Antonieta rebasaba por unos centímetros al macizo y musculoso Vasconcelos. Su elasticidad y su suavidad contrastaban con el vigor reconcentrado de ese toro en el que se galvanizaba una mirada inteligente, viva, penetrante. Su elegancia sobria y primaveral resaltaba al lado de este hombre siempre desacomodado en una vestimenta sin refinamiento. Antonieta melodiosa y curva; Vasconcelos, una fuerza viva, tosca, henchida por el aliento pulmonar de la oratoria.

Treinta años después, en lo que podría parecer una cesión de la palabra a Antonieta, Vasconcelos recuerda en *La flama* la impresión que su propia apariencia física le causaba a ella: "Físicamente revelaba un vigor impresionante, no obstante su mediana estatura. El cuello grueso y los hombros anchos le daban aspecto robusto; su piel blanca se veía quemada por una infinidad de soles; los labios, un poco gruesos, no le ayudaban mucho para la oratoria, su voz escasa, mucho menos. ¿Por qué entonces impresionaba? Una frente muy ancha impedía que su rostro agradable fuese realmente hermoso; los ojos pequeños, casi redondos y penetrantes, eran los de uno que rápidamente se entera de cuanto lo rodea; el bigote recortado acentuaba la impresión de masculinidad, pero la nariz, de corte fino, ligada con una frente espaciosa, denunciaba al intelectual. Al hablar, los ojos, más bien grises, se encendían de pasión, como si un cruce incesante de relámpagos fuesen las señales de una pasión resuelta, una voluntad que conoce sus metas; pero luego, en el reposo, se advertía no sé qué ternura. En la acción, las orejas se le ponen, denunciando un temperamento fácil para la indignación y la ira."**

Hablaron si no de intimidades, al menos de la faceta más personal de la reciente aventura. Fueron sobre todo preguntas de Antonieta: acerca de la vida cotidiana en la gira, del ajetreo y del cansancio, de cómo veía él ese despertar de los esclavos del callismo, el oleaje de las masas, el silencio y la atención de los obreros durante sus conferencias, y finalmente la soledad que forzosamente acompaña al que, día tras día, se encumbra en la cima del poder, cualquiera que sea su naturaleza y su legitimidad. Vasconcelos le confesó su recelo hacia el efecto que el poder ejercía sobre su temperamento. Temía convertirse en un insoportable pedante. Si lo subyugaba la potencia hipnótica que el orador ejerce sobre su público —él, que meses antes era tan mal orador y lo seguía siendo en alguna medida—, lo asustaba la facilidad con que podía ahora formular lo que quería decir. Temía el contagio del mito que, un poco a pesar suyo, un poco gracias a él, sentía que se formaba a su alrededor. Sí, la grandeza de la causa que defendía era responsable de esos incendios disciplinados y fervorosos de las masas, pero también estaba consciente de que iba adquiriendo, por la palabra y el gesto (y al igual que cualquier otro político profesional), un dominio que hacía de la multitud el eco de las propias emociones, el brazo de las fobias propias, el empuje de los ideales propios.**

Antonieta lo escuchaba con interés y algo de compasión. Le agradecía su sinceridad, su honestidad tan pronta para manifestar lo que otros saborean en hipócrita silencio, y se enternecía de verlo desamparado ante su propia fuerza. Vasconcelos iba bajando el tono, y en un casi susurro le confesó lo transitorio de la aventura política y, frente a ella, lo esencial y lo permanente de sus obra: su *Metafísica*, que llevaba en sus maletas y a la que daba los últimos retoques en los escasos momentos de apartamiento de que disponía.

Vasconcelos detuvo el paseo en una mancha de frescura frenando las preguntas de Antonieta. Coincidían con sus dudas más profundas y dolorosas. Y exclamó riéndose: "¿Se da cuenta, Antonieta, de que es la tercera vez que pasamos frente a esta tienda de dulces? Si seguimos así, vamos a cavar un surco. Mejor, acompáñeme". La arrastró cortésmente hacia la tienda de dulces.

Vasconcelos borró la gravedad de la conversación con una decisión casi infantil y prefirió que brillara en sus ojos esa malicia de la que sólo son capaces los niños. Exultaba con el espectáculo y el perfume de los dulces que se amontonaban apetitosamente en las vitrinas que llenaban los tres costados de la tienda. Vasconcelos empezó a pedir naranjas y limones cristalizados, tamarindos pegajosos y ácidos, higos sensuales, guayabas panzonas redondeadas por su brillo de azúcar. Antonieta se reía de este niño embriagado por los nombres y la promesa de los dulces. "¿Para qué quiere usted tanto dulce, si no tiene casa en México?", preguntó. Y tendiéndole la bolsa de papel, Vasconcelos le contestó: "No, si son para usted".** Conmovida por la ocurrencia, Antonieta no supo articular ni un "gra-

cias" ni alguna otra palabra de circunstancia. Optó por la risa una vez más, para ocultar su nerviosismo ante el espontáneo gesto de coquetería.

Volvieron al hotel en silencio, dejando en la tienda perfumada esos instantes de complicidad ligera. Las circunstancias rectificaban por sí solas abandonarse a la despreocupación. Se despidieron hasta el día siguiente y esa misma tarde el coche de Antonieta desenredó la larga carretera entre los pinos ebrios de soledad y de elevación. La incógnita sobre la naturaleza del regimiento que los capitalinos deparaban a la causa se despejó temprano en la mañana de ese domingo 10 de marzo de 1929. "Todo México se había dado cita".* El coche de Vasconcelos se abría paso entre la multitud arremolinada desde el inicio del Paseo de la Reforma hasta la plaza de Santo Domingo, donde se realizaría el mitin. Hubo un primer alto en la columna de la Independencia, donde, a la sombra del ángel que, con la fisonomía de los Rivas Mercado, miraba al nuevo apóstol, un estudiante tomó la palabra. Se trataba de Alejandro Gómez Arias, famoso en el sector universitario tanto por sus dones de oratoria, que ya le habían valido varios premios, como por su liderazgo estudiantil en la todavía Universidad Nacional de México, a la que le faltaban unos meses para convertirse en Autónoma. De su breve discurso, quedarían en la Historia, pero tergiversadas, sus palabras iniciales: "Hoy que es domingo de Ramos..." La simple retórica bastó para transformar el acto político en una suerte de resurrección nacional, y, al propio Vasconcelos, en un símil del Cristo que predicaba el reino del amor bajo la amenaza de las espadas.

Antonieta estaba en la plaza de Santo Domingo, esperando entre la multitud la llegada de quien por sus palabras y por los sueños de la nación devenía avatar de Quetzalcóatl, Prometeo, Cristo. El cortejo se demoró cuatro horas en recorrer siete kilómetros.

Vasconcelos se dejó llevar por las parábolas que accidentalmente los acontecimientos y la muchedumbre habían urdido para fijar ese día en la Historia del país. "Recordó el antiguo mito de Quetzalcóatl, Prometeo, protector de las artes, de la paz, fomentador de la civilización, a quien castigaron, no los dioses sino los propios mortales favorecidos, adversario eterno del sangriento Hutzilopochtli, guerrero cruento: batalladores que se disputaban aún la tierra del águila y la serpiente".*

Cuando Antonieta reconstruyó, un año más tarde, ese Domingo de Ramos, cerró el relato con un incidente protagonizado por una anciana indígena, "gota de agua de la inmensa muchedumbre".* Vasconcelos se alejaba a pie por las calles vecinas a la plaza de Santo Domingo cuando esta anciana de cabeza cubierta por un rebozo bíblico se echó a sus pies, le abrazó las rodillas, repitiendo el gesto de Tetis en su saludo a los dioses. "Una sola palabra llenó su boca, humedeció sus ojos: *Padre*".* Impresionada, An-

MENSAJERO

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

Antonio, ven a caminar conmigo,
vamos a ver los sauces del vivero
que están temblando bajo el sumidero
azul del aire. Tú eres el testigo
de esta mañana como un agujero
del cielo enorme donde yo te sigo
sin rumbo, como quien sigue a su amigo;
te sigo en este día mensajero.
Tu camisa pacífica me gusta
con sus aires de vela desplegada
y con su inflado blanco de algodón.
En este día, el aire desajusta
los sauces con un verde en desvandada.
Ponte los tenis, vamos de excursión.

[VUELTA NÚM. 250, 1997]

tonieta añadiría: "Padre, el que es fuerte y todo lo sabe, el que guía, el que defiende al hijo contra la vida inclemente. ¡Padre!".* En estas palabras alienta más que un arte narrativo, más que un recuerdo enternecido de su propia orfandad: hay una inconsciente proyección de sus íntimas carencias sobre la figura agigantada de José Vasconcelos.

Faltaba todavía para que fermentara en el corazón y el espíritu de Antonieta la cristalización amorosa. Por el momento, estaba enamorada de los ideales, del movimiento, de una estética del pueblo en lucha; era la suya una adhesión mística. No que fuera incapaz de tener ideas políticas, pero estaba cautivada por el aura del movimiento: una pasión, una entrega e incluso una mística del sacrificio. La arrebataba la pasión de los jóvenes que leían con fervor el destino de *Sacha Yegulev* y habían hecho de la pequeña novela de Leonidas Andreiev una guía moral. Sacha Yegulev lo había abandonado todo, había sacrificado la comodidad y los afectos de su hogar, y una brillante carrera potencial, para unirse al movimiento revolucionario. Su épica era un vía crucis que culminaba en el sacrificio por sus ideales románticos. Al igual que los jóvenes vasconcelistas, Antonieta se conmovía ante las masas encendidas por la justicia de las palabras. En su casa, colgaba en las paredes fotografías que mostraban los mares de sombreros en los mítines de tierra caliente, plástica del vasconcelismo que la seducía sobremanera.

Antes de buscar a Vasconcelos, Antonieta ya capitaneaba uno de los tantos clubes de jóvenes dedicados al proselitismo y a la agitación. Los alentaba y los aconsejaba, los ayudaba económicamente, sobre todo cuando se trataba de viajar a la provincia a preparar organizaciones regionales, mítines y conferencias que dictaría el maestro. En "su" grupo destacaban Mauricio y Vicente Magdaleno, el ya conocido Andrés Henestrosa, un estudiante de derecho que se llamaba Federico Heuer, otro estudiante, González Mora, el futuro cineasta Juan Bustillo Oro y el legendario Germán de Campo, entre otros. Antonieta los recibía en su casa en reuniones que se centraban en la organización de los mítines y en las tareas de propaganda y de afiliación. Luego los jóvenes se reunían en un café de chinos de la calle de Dolores, donde a veces acudía Antonieta para intervenir en las afiebradas discusiones, antes de que las brigadas salieran a los mítines nocturnos que improvisaban a la salida de las fábricas.

Los primeros meses de 1929 fueron arduos y muy delicados. Varios sucesos coincidían en complicarlos más: el brote traicionero de los villarrealistas contra la precandidatura de Vasconcelos; el levantamiento escobarista; las vacilaciones del recién bautizado Partido Nacional Revolucionario para escoger a su candidato presidencial; la guerra cristera que seguía de sangrando al centro del país. Antonieta desconfiab de todo y de todos, menos de Vasconcelos. Discutí la legitimidad de Medellín Ostos en el mando de Comité Orientador —la principal organización vas concelista de la capital— a pesar de que era uno d los pocos hombres mayores, viejo amigo de Vascon celos, que se habían arriesgado en la campaña. Abo rrecía a los Antirreeleccionistas por su indecisión e apoyar la candidatura de Vasconcelos. Sus juicios, veces precipitados y sin fundamento, le cosechaba reacciones semejantes de sus antagonistas. En el Co mité Orientador la veían como una diletante, califi caban su adhesión de "pose literaria" y temían la in fluencia que pudiera ejercer en el maestro gracias sus millones. Antonieta poco podía contra los pre juicios que la rodeaban por su trayectoria y su posi ción social. Abraham Arellano, otro de los viejo que apoyaban a los jóvenes vasconcelistas, decía "Antonieta es pura literatura. Lo único que quiere e manejarnos a todos, y eso no se va a poder, aunqu tenga mucho dinero".

Era bastante lógico el recelo con el que miraban Antonieta. ¿Qué hacía en esta cruzada una señora d sociedad que llegaba al Comité Orientador en es coche lujoso? Sólo los muchachos con los que compartía su pasión podían dar fe de sus buenas intenciones, de su inteligencia y de la sinceridad de su militancia. Pero eran pocos, el grupo era más bien cerrado, y cuando alguno tomaba la defensa de Antonieta ante Medellín Ostos, Abraham Arellano o cualquier otro, éstos le reprochaban su ingenuidad o lo acusaban francamente de interés por la protección de la que el grupo gozaba gracias a Antonieta.

La acusación era injusta toda vez que Antonieta, en esos meses de la primavera de 1929, veía en la causa la única oportunidad de resarcir al país de sus agobios. En ocasiones titubeaba en abrazarla cabalmente, atareada todavía en su "espera contra esperanza" por el amor de Rodríguez Lozano (que, por otro lado, simpatizaba también con el movimiento), a quien seguía empeñada en demostrarle la lealtad y la pureza de su amor, aun después de los engaños y las traiciones; en forjarse un destino propio como el pintor se lo reclamaba; seguía recluyéndose por temporadas en Cuautla o Cuernavaca, para escribir y traducir, para volverse una escritora hecha y derecha, a pesar de que sus cartas de amor a Rodríguez Lozano seguían siendo sus más bellas creaciones de arte narrativo. Conjugaba así la pluma y la ausencia, que eran todavía las mejores pruebas de seducción para Rodríguez Lozano, con sus afanes políticos y no se resolvía por abrazar, o abandonar, de manera definitiva, ninguno de ellos.

[VUELTA NÚM. 176, 1991]